

*VII° Jornadas LET
UCA, 7-9 de mayo de 2019*

Panel 6: HOSPITALIDAD Y LITERATURA (9 de mayo, 11:30).

“Está viva la casa y habla”: hospitalidad y poesía de mujeres

María Lucía Puppo
Centro de Estudios de Literatura Comparada “M.T. Maiorana”,
Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Católica Argentina.
CONICET
mlpuppo@uca.edu.ar
Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

La casa fue desde siempre, en innumerables culturas, el ámbito destinado a las mujeres. Si hasta el siglo diecinueve la casa familiar era percibida en la literatura como gineceo o reducto privado, cuna de la feminidad laboriosa, obediente y recatada, tras varias olas del feminismo la casa parece haber recuperado su estatus primigenio de ómphalos sagrado y centro del mundo, lugar propio e íntimo que a la vez protege y comunica con el exterior, habitado por múltiples presencias, voces y afectos. ¿Qué memoria guarda una casa? ¿Cómo habla Dios en ella? ¿Qué vínculos construyen los que habitan entre sus paredes? ¿Qué dejan y qué reciben quienes golpean a su puerta? ¿Cómo crece, cómo se expande, cómo se vacía o se transforma una casa? Siguiendo las pistas de estas preguntas, que revelan diversos rostros metafóricos de una hospitalidad sencilla y cotidiana, propondremos una lectura contrastada de los textos de tres poetisas latinoamericanas: Dulce María Loynaz (La Habana, 1902-1997), Adélia Prado (Divinópolis, 1935) y Tamara Kamenzsain (Buenos Aires, 1947).

PALABRAS CLAVES: Casa, Poesía Latinoamericana, Hospitalidad, Poesía de Mujeres

Preludio

Una buena ama de casa, ¿quién la encontrará?

Es mucho más valiosa que las perlas.

El corazón de su marido confía en ella

y no le faltará compensación.

Ella le hace el bien, y nunca el mal,

todos los días de su vida.

[...]

Se levanta cuando aún es de noche,

distribuye la comida a su familia

y las tareas a sus servidoras.

[...]

Aplica sus manos a la rueca

y sus dedos manejan el huso.

Abre su mano al desvalido

y tiende sus brazos al indigente.

(Proverbios 31, 10-12; 15; 19-20. *LPD*, 2015: 1038)

El famoso poema alfabético de Proverbios 31 ofrece el ideal de la mujer hebrea: esposa atenta, madre sacrificada, mujer trabajadora, ahorrativa, respetuosa de la ley de Dios. Su digno señorío la lleva también a ser generosa con el “desvalido” y el “indigente”. El cristianismo hizo suyo este arquetipo, que siglos después es desarrollado por Fray Luis de León en su comentario al poema de Proverbios, dado a conocer como *La perfecta casada* (1584):

ha de madrugar la casada, para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo y que ella es el alma de él, y que, como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella, y las levanta y mueve a sus obras, no se sabrán menear.

(León, 1999: 39)

Con el acento puesto, otra vez, en la laboriosidad de la esposa, Fray Luis recurre a la metáfora de la casa como un “cuerpo”, del cual la mujer resulta “el alma”. Diligencia, recato, calidez del sentimiento y espiritualidad reaparecen como atributos de la casada,

casi tres siglos más tarde, en el poema narrativo de Coventry Patmore “*The Angel in the House*” (1854-1863):

*Lo, when the Lord made North and South
And sun and moon ordained, He,
Forthbringing each by word of mouth
In order of its dignity,
Did man from the crude clay express
By sequence, and, all else decreed,
He form'd the woman; nor might less
Than Sabbath such a work succeed.
And still with favour singled out,
Marr'd less than man by mortal fall,
Her disposition is devout,
Her countenance angelical;
The best things that the best believe
Are in her face so kindly writ
The faithless, seeing her, conceive
Not only heaven, but hope of it;
No idle thought her instinct shrouds,
But fancy chequers settled sense,
Like alteration of the clouds
On noonday's azure permanence;
Pure dignity, composure, ease
Declare affections nobly fix'd,
And impulse sprung from due degrees
Of sense and spirit sweetly mix'd.
(Canto IV, “The Morning”)*

Como trasfondo de este poema se advierte la “teoría de las dos esferas” propia de la Inglaterra victoriana, que reservaba a los varones los roles en el ámbito público –sea de la profesión, el gobierno o la cultura- y, a las mujeres, un conjunto de tareas y funciones exclusivamente domésticas, centradas en la atención del marido, el cuidado del hogar y la educación de los hijos. Como se sabe, en el siglo XIX la primera ola del feminismo luchó por la igualdad de derechos y oportunidades para hombres y mujeres; uno de sus mayores reclamos era, por supuesto, el acceso a la vida pública de estas últimas. En el

caso de las escritoras, la lucha se concentró específicamente en el acceso a la palabra escrita. Así es que Virginia Woolf escribe, en un ensayo de 1931: “*Killing the Angel in the House was part of the occupation of a woman writer*”.¹

Después de esta muerte, ¿habrá habido alguna resurrección? Sí, porque tras haberse convertido en símbolo del confinamiento y la represión femenina, en el transcurso del siglo XX la casa fue recuperando su estatus simbólico primigenio de *ómphalos* o centro del mundo. En el caso de la escritura de mujeres, se advierte una resignificación del ámbito doméstico como lugar de cruces, tensiones y alianzas conyugales, familiares, sociales y políticas, donde se urden múltiples tramas que desafían la antinomia público/privado.² Más específicamente, en la poesía, la morada familiar provee una escena de enunciación íntima y compartida, como las paredes de esa casa que a la vez protegen y comunican con el exterior, custodiando una resonancia habitada por múltiples presencias, voces y afectos. Así es que el discurso poético arriba a nuevas preguntas que permiten pensar la experiencia cotidiana: ¿qué memoria guarda una casa? ¿Tiene alma? ¿Dios habla en ella? ¿Qué vínculos construyen los y las que la habitan? ¿Qué dejan y qué reciben quienes golpean a su puerta? ¿Cómo crece, cómo se vacía o se transforma una casa? Siguiendo las pistas de estos interrogantes, que revelan diversos rostros de una hospitalidad sencilla y actual, propondremos una lectura contrastada de algunos textos de tres poetisas latinoamericanas: Dulce María Loynaz, Adélia Prado y Tamara Kamenzain.

¹ La cita pertenece al ensayo “*Professions for Women*”, incluido en *The Death of the Moth and Other Essays* (1942).

² Tal es la hipótesis que guía el estudio de Natalia Cisterna Jara (2016), que examina un corpus de ocho novelas de escritoras latinoamericanas de primera mitad del siglo XX.

1. Dulce María Loynaz: lo invisible permanece

En su larga vida, Dulce María Loynaz (La Habana, 1902-1997) se graduó de abogada, fue narradora, presidente de la Academia Cubana de la Lengua y ama de varias casas pero, por sobre todas las cosas, se sintió y se supo “poetisa”. En 1958, cuando su obra gozaba de fama mundial, publicó en Madrid, de forma autónoma, el extenso poema “Últimos días de una casa”. Se trata del monólogo de una mansión habanera que sabe que pronto será destruida; la casa habla en primera persona y lamenta verse rodeada de silencio y abandono. Entonces declara:

Nadie puede decir
que he sido yo una casa silenciosa;
por el contrario, a muchos muchas veces
rasgué la seda pálida del sueño
-el nocturno capullo en que se envuelven-,
con mi piano crecido en la alta noche,
las risas y los cantos de los jóvenes
y aquella efervescencia de la vida
que ha borbotado siempre en mis ventanas
como en los ojos de
las mujeres enamoradas. (Loynaz, 1993: 147)

El texto articula un contraste entre el presente solitario y el pasado feliz y esplendoroso de la casa, donde las ventanas se asimilan a los ojos femeninos. La historia de la vivienda es la historia de la familia, con sus felicidades y sus dolores: un compromiso, un nacimiento, la muerte de una niña. Desde su enclave ella advierte sobre los cambios de la ciudad y de las costumbres; ya no puede ver el mar y proliferan las construcciones de otro tipo: “el mundo se nos hace de cemento” (150). Acaso ya no se festejan del mismo modo las Nochebuenas, mientras quedan pocas abuelas que rezan el rosario. El parlamento avanza entre la nostalgia y la tristeza, pero con el clímax del poema llega la autoafirmación de la casa:

A perder y a ganar hecho está el mundo,
y yo también cuando la vida quiera;
pero lo que yo he sido, gane o pierda,
es la piedra lanzada por el aire,
que la misma mano que la
lanzó no alcanza a detenerla,
y sola ha de cortar el aire hasta que caiga.

Lo que yo he sido está en el aire,
como vuelo de piedra, si no alcancé a paloma.
En el aire, que siendo nada,
es vida de los hombres; [...]

La Casa, soy la Casa.
Más que piedra y vallado,
más que sombra y que tierra,
más que techo y que muro,
porque soy todo eso, y soy con alma. (157)

Como en muchos otros textos de Loynaz, se rescata el valor de lo invisible, aquello que no se percibe por los sentidos pero que sin embargo “está en el aire”. Puede llamarse memoria, inconsciente, sentido, misterio o poesía: es el “alma” de la casa que resulta intransferible y que responde a un destino otorgado de lo Alto. Interpretada como metáfora de la nación, de una estirpe o de un cuerpo de mujer que envejece (Russotto, 2000: s/p), la casa loynaciana no termina condenada a cien años de soledad. Hacia el final del poema, la protagonista se dispone a morir con aceptación, sin rencores, porque sabe que los picos y las palas no podrán destruir esa plenitud que ella conoce, la que solo alcanza una vida intensamente vivida.

2. Adélia Prado: Dios mira y habla en la casa

Los gozos y las pérdidas, la pasión y la herida surcan también la poesía vibrante de Adélia Prado (Divinópolis, 1935). Esposa, madre y maestra de niños y adolescentes, Prado supo hacer de sus versos ejercicios de convivencia, fragmentos de una reflexión continua en el marco de un diálogo amoroso y franco con Dios. Mística de la vida cotidiana, la poeta brasileña se autodefine con sencillez y humor: “*Não sou matrona, mãe dos Gracos, Cornélia, / sou é mulher do povo, mãe de filhos, Adélia*” (Prado 2017: 17).

La imaginación espacial de esta poeta evoca repetidamente una casa que está viva –como la de Loynaz- y funciona como espejo de su cuerpo en el mundo. En el recorrido de sus partes, prioriza el elogio de la ventana: “*Ô janela com tramela, brincadeira de ladrão, / claraboia na minha alma, / olho no meu coração*” (77). En los sucesivos libros de esta autora se superponen los domicilios y los recuerdos, porque en el fondo existe una sola casa “indestructible” a la que se vuelve en la memoria; porque todo hogar puede volverse “exilio y túnel” cuando todavía se espera la llegada del amado (110).

Nos detendremos en el poema “*Domus*”, incluido en la sección “Romería” del volumen *Oráculos de mayo* (1999):

*Com seus olhos estáticos na cumeeira
a casa olha o homem.
A intervalos
lhe estremecem os ouvidos,
de paredes sensíveis,
discernentes:
agora é amor,
agora é injúria,
punhos contra a parede,
pânico.
Comove Deus
a casa que o homem faz para morar,
Deus
que também tem os olhos*

*na cumeeira do mundo.
Pede piedade a casa por seu dono
e suas fantasias de felicidade.
Sofre a que parece impassível.
É viva a casa e fala. (327-28)*

Los primeros diez versos trazan la imagen de una casa que mira y oye los estados que se alternan en su interior: el amor y la injuria, la ira, el miedo. Los cinco versos siguientes desplazan el centro, pues la fragilidad de los habitantes humanos es también observada por Dios, que se “conmueve” al verlos en su refugio construido. Dios, que está por encima del mundo y lo mira amorosamente. Dios, que desde su infinita distancia ontológica desciende, escucha, se mete adentro.

Los cuatro últimos versos retoman el punto de vista de la casa. Ella descubre cuál es el problema de su dueño: sus “fantasías de felicidad” lo llevan por caminos espejados, egoístas, que lo alejan de su real y verdadero destino. La casa “sufre” como un Dios que muere en la cruz. De su sacrificio brotan vida y palabras.

A pesar de su estilo directo y su aparente despojamiento retórico, el poema enlaza las hebras de un complejo tapiz. En él la casa es testigo pero también intermediaria, figura salvífica, fuerza cristológica, puente vivo que une contingencia y eternidad. Así como el cuerpo es espíritu encarnado, la casa es templo donde coexisten la tierra y el cielo. La obra de Adélia Prado celebra al cuerpo que desea y goza con la belleza del Verbo (Luchetti Bingemer, 2013: 19). Dios asoma en cada rincón de esta poesía, que lo busca entre animales, flores y personas, que lo invoca como Interlocutor y lo sigue como enamorada.

3. Tamara Kamenzain: la casa abraza y se expande

La poesía de Tamara Kamenzain (Buenos Aires, 1947) se ancla en espacios conocidos que alojan una intimidad extrañada, puesta bajo la lupa, donde lo propio se funde con lo ajeno en el cruce de lenguas, etnias y culturas. Ya los títulos de sus libros adelantan esta espacialidad proliferante, que a la vez integra las modulaciones del yiddish paterno y la historia heredada. Si *La casa grande* (1986) apelaba al origen a través del habla -“Árbol de verbos genealógicos” (Kamenzain, 2012: 183)-, *Vida de living* (1991) es un poemario que escenifica el devenir cotidiano de un matrimonio con hijos. Allí encontramos el siguiente poema sin título:

Envuelta sucia ropa te dejo
me dejo ir subida a tres saludos
familia mía ustedes me retornen
amiguen ese andén hasta la casa
qué rieles toquen vidas paralelas
qué vidas cruz en señas de los trenes.
Somos cuatro. Dos (por cuatro)
en la rosa de los vientos
a la luz cardinal de nuestras noches
brillamos más, fugaces
multiplicados todos por la espera.
Quien se va prendiendo del que queda
una moral, un guiño de linterna a
campo abierto arrastra su valija.
La carga sola. Pido mi descarga:
desde atrás, escudo de la muerte,
brazos cruzados de mi abuela
en candelabro. (219)

Posiblemente se conjugan, en este texto de arquitectura neobarroca, la felicidad y el cansancio de la poeta-ama de casa. La rutina doméstico-familiar aparece representada como un tren que avanza por rieles fijos. Hay velocidad, hay prisa, hay desplazamientos incómodos, pero hay también una “luz cardinal” que brilla más y se multiplica cuando la

familia que componen esos “cuatro” se reúne cada noche. La madre carga una valija pesada. Pide ayuda e invoca la presencia protectora de su abuela. Esta le ofrece consuelo, más luz, como un candelabro de siete brazos.

Junto con los antepasados venidos de Oriente, otros muertos habitan esta casa de poesía: los amigos escritores que ya no están, el hermanito que murió a los tres años. Entre paredes se alojará la plegaria del *minián* para llorar la partida del padre en *El ghetto* (2003); y años después la melodía trazaré otro duelo en *El eco de mi madre* (2010). Sin embargo, ni la amargura ni el desencanto dan el tono último en la obra de Tamara Kamenzain. En ella, la casa ejerce su dinamismo dual acercando a los seres queridos en movimientos concéntricos y, al mismo tiempo, abriéndose para otorgar cobijo a los amigos, las colegas, los viajeros que llegan a su puerta. El poema deviene morada precaria, construida sobre la patria de la lengua: “la literatura es otro techito armado en el desierto” (330).

Como explica el crítico Enrique Foffani, el apellido Kamenzain une los términos idisch *Szain* o *Schein*, ‘luz o brillo’, y *Kamin*, ‘hogar, lugar donde arden los leños’. Entonces la poeta argentina hace suya la misión que encierra su nombre de familia: es “la atizadora de la lengua, la que despabila los leños a punto de extinguirse, la que sobrevive porque aviva el fuego de la poesía” (Foffani, 2012: 47).

Coda

El ideal bíblico de esposa y la imagen de la mujer como alma de la casa se reformulan en los poemas analizados, que proponen diferentes rostros de una femineidad contemporánea, diversa y cambiante. En ellos la casa resulta símbolo pero también

desafío, puesto que ya no está dada a priori esa sensación de “nido” que Bachelard situaba en el origen de su topografía (1998: 24).

La casa señorial de Dulce María Loynaz asume su propio final para dar testimonio de los lazos invisibles –familiares, culturales, sobrenaturales- que logran traspasar la frontera del tiempo. La casa atenta de Adélia Prado empatiza con nuestros fracasos para devolvernos la ternura de la mirada divina, cargada de misericordia. Finalmente, la casa-poesía de Tamara Kamenszain se estira y crece hasta volverse familia, comunidad, habla protectora que recibe a los otros. Podemos concluir que, en estos textos poéticos compuestos en los ajetreados días de los siglos XX y XXI, la hospitalidad es entendida como un vínculo de afectividad, apertura y donación de sí que, en tanto gesto propiamente humano, invita a una mirada trascendente en el corazón mismo de la poesía escrita por mujeres.

Bibliografía citada

Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*. México: FCE, 1998.

Cisterna Jara, Natalia, *Entre la casa y la ciudad. La representación de los espacios público y privado en novelas de narradoras latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2016.

Foffani, Enrique, “Tamara Kamenszain: la poesía como novela luminosa”. Prólogo a Kamenszain, Tamara, *La novela de la poesía. Poesía reunida*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2012, pp. 5-47.

El Libro del Pueblo de Dios. La Biblia. Buenos Aires: San Pablo, 2015.

Kamenszain, Tamara, *La novela de la poesía. Poesía reunida*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2012.

León, Fray Luis de, *La perfecta casada*. Buenos Aires: Bureau Editor, 1999.

Loynaz, Dulce María, *Poesía completa*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1993.

Lucchetti Bingemer, María Clara, “La libertad del espíritu en dos místicas contemporáneas: Etty Hillesum y Adelia Prado”. *Jornadas Diálogos: Literatura*,

Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, Universidad Católica Argentina, 2013. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/libertad-espiritu-dos-misticas.pdf>

Patmore, Coventry, “The Angel in the House”. *The Victorian Web. Literature, history and culture in the age of Victoria*. <http://www.victorianweb.org/authors/patmore/angel/4.html>

Prado, Adélia, *Poesia reunida*. Río de Janeiro: Editora Record, 2017.

Russotto, Mágara, “Casa, cuerpo, pasión. Una lectura de «Últimos días de una casa» de Dulce María Loynaz”. *Ciberletras*, volumen 7, 2000. <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v07/russotto.html>

Woolf, Virginia, *The Death of the Moth and Other Essays*. The University of Adelaide, 2015. <https://ebooks.adelaide.edu.au/w/woolf/virginia/w91d/index.html>